LOS LIBROS DE EMBLEMAS COMO «TESOROS» DE ERUDICIÓN AUXILIARES DE LA «INVENTIO»

Sagrario López Poza
Universidad de La Coruña

Como es bien sabido, los emblemas y jeroglíficos eran una de las fuentes de la invención oratoria, y quienes en el Siglo de Oro desearan enriquecer su sermón, homilía o cualquier escrito en prosa culta con ese adorno erudito, acudirían, bien a los libros de emblemas directamente, bien a los comentarios de libros de emblemas, o a repertorios simbólicos o emblemáticos especialmente creados para prestar este tipo de auxilio. El gusto por el ingenio y la agudeza aplicados al sermón, prefiriendo el sentido figurado en la interpretación de cualquier texto hizo que durante el siglo XVII se estimaran en extremo los libros que proporcionaban fuentes de invención relacionadas con el símbolo.

Puede que convenga aclarar algunos términos del título de esta ponencia para poder plantear la tesis con la seguridad de que todos sabemos de qué estoy hablando.

Tesoro suele entenderse en sentido figurado como diccionario, catálogo o antología que guarda como perlas, gemas y joyas antiguas informaciones y fuentes, dispuestas para que quien las precise las utilice. Así lo da a entender Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611)[1], cuyo título refleja metafóricamente el sentido.

Aunque el *Tesoro* de Covarrubias se ha considerado por la mayoría una obra lexicográfica, por ser el primer diccionario monolingüe del castellano e inaugurar una nueva etapa en este tipo de obras, es en realidad algo más. El hecho de que elija una taxonomía alfabética (poco habitual entonces) para sistematizar el saber, tiene una importancia capital: ofrece al usuario la posibilidad de construir el conocimiento según sus necesidades, no de ir adquiriéndolo según lo ha sistematizado el enciclopedista[2]. Desde mi punto de vista, conviene tener en cuenta que el *Tesoro* es una obra creada por un Maestrescuela (es decir, un canónigo que enseñaba a los jóvenes clérigos) y que estaba destinada a servir de fuente de la *inventio* oratoria[3]. Muy

[1] Tesoro es «un escondidijo y lugar oculto, do se encerró alguna cantidad de dinero, oro, o plata, perlas y joyas y cosas semejantes de tanto tiempo atrás que dello no había memoria ni rastro alguno, ni de quién fuese; de donde se sigue tener justo derecho a ello el que se lo halla, como cosa que no es de otro ni puede decir ninguno que es suyo».

[2] Las enciclopedias de Alsted y Comenius habían supuesto la culminación del esfuerzo epistemológico renacentista, presentando un saber mostrado en un encadenamiento de palabras basado en criterios de similitud o analogía, que son conceptos retóricos, no científicos. Ver Paolo Cherchi, 1993.

[3] Conviene recordar que en varias ocasiones declara Covarrubias que no escribe para romancistas (no saben más que español y no dominan el latín): escribe para gente que lo sabe (30 b 64; 400 b 16; 930 a 9). Hace gala constantemente de su erudición, aunque Quevedo en *Cuento de cuentos* criticaría esa erudición como desaliñada, y se advierte con facilidad que ha redactado la obra letra por letra, no por fichas; así que, muchas cosas que podría reservar para sinónimos que tienen una letra más avanzada, los adelanta por si no llega a esa palabra. Después de la letra C abrevia mucho, acuciado por el temor de no ver terminada la obra. En la Censura, Pedro de Valencia alaba la obra porque está llena de varia y curiosa lección y doctrina.

probablemente fue concebido como un instrumento de apoyo a los predicadores, como repertorio de ayuda en el ministerio de la palabra, proporcionando todas las *fuentes de erudición precisas para elaborar* un buen sermón (fuentes clásicas, anécdotas, fábulas, sentencias, autoridades[4]...) y entre ellas, 120 entradas pertenecen a las categorías de emblemas, divisas, empresas o jeroglíficos[5]. Y no en vano fue redactado a la vez que su libro *Emblemas morales* (1610), que serviría como el envés de este haz: un instrumento que completa al otro ofreciendo a los jóvenes predicadores de la Contrarreforma imágenes para el sermón y ornamentos eruditos para su homilía. Está en la línea de explotación del cartapacio escolar que trasciende el uso individual primigenio para ser útil a quienes lo precisen. Así, esta obra se ofrece como joyero o ajuar (*Tesoro*), cuyo contenido, pacientemente adquirido, extraído de donde estaba oculto (sus fuentes) sirve para que otros engalanen su discurso con lo que hallan allí «como cosa que no es de otro ni puede decir ninguno que es suyo». En mi opinión, debemos considerar el *Tesoro* de Covarrubias como una mina, un arsenal al que se iba a buscar para CREAR, no un mero diccionario al que se va a consultar para DESCIFRAR, como hoy se consideraría. A semejanza de esta obra, otras de carácter emblemático servirían para la misma función.

Siguiendo con los términos del título de este trabajo, el concepto de *erudición* a menudo lo vemos descrito también con metáforas, unas vinculadas a la comida y otras al vestido. Nadie lo hace mejor que Gracián, que la considera fuente del saber e indica para qué se emplea y cómo:

> Consiste en una universal noticia de dichos y de hechos, para ilustrar con ellos la materia de que se discurre, la doctrina que se declara. Tiene la memoria una como despensa, llena de este erudito pasto, para sustentar el ánimo, y de que enriquecer y fecundar los convites que suele hacer a los entendimientos. Es un magacén rebutido, un vestuario curioso, un guardajoyas de la sabiduría. Sin la erudición no tienen gusto ni sustancia los discursos, ni las conversaciones, ni los libros. Con ella ilustra y adorna el varón sabio lo que enseña, porque sirve así para el gusto como para el provecho (...) pero no ha de ser uniforme, ni homogénea, ni toda sacra, ni toda profana, ya la antigua, ya la moderna, una vez un dicho, otra un hecho de la historia, de la poesía, que la hermosa variedad es punto de providencia. Especialmente se ha de atender a la ocasión y a sus circunstancias, de la materia, del lugar, de los oyentes, que la mayor prenda del que habla o escribe, del orador o historiador, es decir con seso.[6]

Los géneros donde la erudición se hacía imprescindible estaban ligados a la oratoria, tanto sagrada como profana, y a una variedad en contrapunto a la prosa oral de la elocuencia eclesiástica que se puso muy de moda en Europa en el siglo XVI con el renacimiento de los Padres de la Iglesia y que Justo Lipsio, seguidor de Erasmo, elevó a la categoría de excelencia tanto en sus escritos más elevados como en las cartas, con las que pretendía conseguir un magisterio laico. El predicador desde el púlpito, y el humanista erudito son colaboradores inestimables de la Contrarreforma, y la erudición variada contribuye a ese menester[7]. Pero ésta no podía adquirirse de forma improvisada. La cultura enciclopédica, re-

[4] Los libros de arte retórica y elocuencia proliferaban entonces a la par que manuales para el «predicador instruido» y tesoros y silvas de citas, ejemplos y materias predicables, algunos de ellos organizados por el ABC, como el *Fructus sanctorum*, de Alonso de Villegas (1594).

[5] Ver la tesis de habilitación de Christian Bouzy *Le Tesoro de la lengua Illustré d'emblemes, de devises et d'hiéroglyphiques*, defendida en la Université des Sciences Humaines de Strasbourg en 1997.

[6] Baltasar Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, tratado segundo, discurso LVIII «De la docta erudición y de las fuentes de que se saca», *en Obras completas, II*, ed. E. Blanco, 1993, pp. 726-30.

[7] Conviene aclarar que por orador no nos referimos *stricto sensu* a los que elaboran sermones o discursos destinados a ser pronunciados en el púlpito, las asambleas, el foro, los tribunales o el senado, como podría entenderse. Una variedad de prosa discursiva, con finalidad didáctica, se había puesto muy de moda en el siglo XVI, como sustitutoria o coaligada de la comunicación hablada. El lector se concibe como oyente, y se apela a él como si pudiera contestar inmediatamente a manera de coloquio. Se establece así una cercanía entre emisor y receptor del mensaje que refuerza los vínculos precisos para que la persuasión sea eficaz.

tórica y filosófica había de irse asimilando poco a poco en lecturas programadas durante los años de formación y, después de realizados los estudios, en la continua frecuentación de libros de variadas materias. Para disponer de ese bagaje intelectual erudito cuando uno lo precisara, bien para el sermón o para cualquier tipo de discurso o tratado, se hacía imprescindible un método bien organizado que permitiera el acopio de lugares, citas, anécdotas, *exempla*... para poderlos emplear en el momento oportuno.

Eminentes humanistas como Erasmo[8] y Vives[9], Salinas[10] y Palmireno[11] en el siglo XVI, Baltasar de Céspedes[12] y Justo Lipsio[13] a comienzos del XVII, y un poco más adelante de ese siglo el jesuita Caussino se esforzaron en trazar un plan de lecturas y reglas para su asimilación correcta y explotación posterior del material seleccionado que constituiría los cimientos de la erudición del futuro hombre docto. El estilo erudito, que se sustentaba en la paciente adquisición de *loci comunes* y en la posesión asimilada de los resortes de la lengua latina, debía ejercitarse desde joven en las prácticas abundantes realizadas en las clases de Gramática, Humanidades y Retórica, con la ejecución de breves ejercicios de oratoria en diversos géneros, denominados *progymnasmata*[14]. Los motivos o tópicos escogidos para practicar los diversos géneros solían ser la mitología, la fábula esópica, la historia o la anécdota, escribir sentencias o aforismos, pequeñas narraciones morales o *chrías*, etopeyas, etc.

Según recomendación de Erasmo, Vives y Lipsio todo lo que llamaba la atención en el ejercicio de lectura atenta, se marcaba en el margen con un asterisco, y luego pasaba a formar parte de un ajuar personal de citas, ornamentos, fórmulas, vocabulario, imágenes, alegorías... generalmente organizadas según unas recomendaciones antiguas que varían poco sean quienes sean los autores que recomiendan el método: sentencias, adagios, proverbios, anécdotas de la Historia Sagrada o profana, *exempla*, fábulas, se iban anotando en un cuaderno para formar un *thesaurus* bien organizado que recibía el nombre de *codex excerptorius* o *cartapacio* para acudir a él cuando se necesitaran rescatar estos materiales como fuente de invención[15], para adornar el discurso, o para emplear como argumento de autoridad.

Los jesuitas, que estimularon una cultura programada con la finalidad pragmática de dotar de armas dialécticas a los jóvenes católicos que formaban para que pudieran enfrentarse eficazmente a los protestantes, tipificaron las fuentes de noticiosa erudición en un número que suele rondar los diez.

Así Gracián, en *Agudeza y arte de ingenio*, ampliando la primera versión de 1642, considera fuentes de la noticiosa erudición:

1. La Historia, así sagrada, como humana
2. Las sentencias y dichos de sabios, sacados de la Filosofía moral y de la poesía
3. Apotegmas, agudezas, chistes, donosidades

[8] Desiderio Erasmo, *De copia verborvm*, Compluti, MDXXV.

[9] Luis Vives, *De tradendis disciplinis, seu de institutione Christiana*, en *Opera Omnia*, MDCCLXXXV, t.VI. También puede leerse esta obra en la edición en español en *Obras completas*, II, 1948, pp. 337-687.

[10] *Rhetórica de la lengua castellana*..., 1541.

[11] Lorenzo Palmireno, *El estudioso de aldea*..., Valencia, 1568.

[12] Baltasar de Céspedes, *Discurso de las letras humanas llamado el Humanista*, escrito en 1600, pero que se editó por vez primera por Santos Díez González, en 1784. Existe la edición moderna del P. Gregorio de Andrés en El Escorial, 1965.

[13] *Iusti Lipsi Epistolica Institutio, excerpta e dictantis eius ore, anno MDLXXXVII mense Iunio adiunctum est Demetrii Phalerei eiusdem argumenti scriptum*, cap. XII: «De excerptis: quo ordine ea instituenda, & a quibus singula carpenda». Puede verse en *Opera omnia*, Antuerpiae, ex Off. Plantiniana Balthasaris Moreti, 1637 (4 vols.), vol. II, pp. 539 y ss.

[14] Ver Luisa López Grigera, 1994, pp. 55-56 y Marc Fumaroli, 1984, p. 222.

[15] Los tratados de oratoria ofrecen sistematizaciones bien conocidas (Cicerón, *De inventione*, I, 24, 34 y ss. y Quintiliano, *Institutio oratoria*, V, 10, 23 y ss.). A través de esa red de referencias el orador bien formado hallaría una guía que facilitara su tarea de *invenire*.

4. Dichos heroicos de príncipes, capitanes, insignes varones

5. Emblemas, jeroglíficos, apólogos y empresas (a las que llama *pedrería preciosa al oro del fino discurrir*)

6. Símiles, alegorías, parábolas

7. Adagios y refranes

8. Paradojas, problemas, enigmas, cuentos.

Con poca variación sobre esta lista da la suya otro jesuita y profesor, confesor del rey Luis XIII de Francia, el Padre Nicolao Caussino, que trata ampliamente de la cuestión en su obra *Eloquentiae sacrae et humanae parallela libri XVI*... (Flexiae, sumpt. S. Chappelet, 1619)[16]. En ella se ofrece una concepción práctica de la elocuencia y la erudición y nos sirve para reconstruir el itinerario de lecturas que un aspirante a docto en el siglo XVII debía realizar y con qué fin[17]. En el libro IV, «De inventione et locis», considera la erudición como nodriza de la invención y en los capítulos III–XII indica las que considera fuentes de la invención, que para él son diez:

1. La Historia
2. Los Apólogos y las parábolas
3. Los Adagios
4. Los Jeroglíficos
5. Los Emblemas
6. Los Testimonios de los antiguos
7. Las Sentencias
8. Las Leyes y la Jurisprudencia
9. Las Sagradas escrituras
10. La razón y el talento aplicados a los lugares comunes.

Durante el siglo XVI la imprenta fue sensible a la demanda de estas ayudas de la *inventio* y produjo un buen número de florilegios, polianteas, misceláneas de erudición variada con títulos como: *Silvae, Horti Floridi, Theatra*... que presentaban su contenido bien en forma de sistema noticioso, o como comentarios, o siguiendo el alfabeto, o con taxonomías particulares y daban satisfacción a cualquiera que deseara encontrar las fuentes indicadas por Gracián o Caussino para ornar su discurso oratorio. Esta oferta fue haciendo cada vez más prescindible el método del paciente acopio del cartapacio de citas personal o *codex excerptorius*, alimentado pacientemente de lecturas de primera mano y clasificado por *loci communes*[18].

Para concluir con la aclaración del título, recordemos que *inventio* procede del latino *invenire* y significa acudir a la memoria (o a los instrumentos de ayuda) en busca de los *loci*, *topoi* o lugares comunes tipificados que permitan exponer la tesis seleccionando los más adecuados a los contenidos del discurso[19].

Pues bien, teniendo todo esto en cuenta, creo que algunos libros de emblemas, entre los que están los más importantes españoles, dejan ver con facilidad que sus autores tuvieron en mente cuando los crearon que el público principal que iba a consultarlos eran los predicadores. Así, los *Emblemas morales* de Juan de Horozco, o su rarísimo librito *Sacra Symbola*, los *Emblemas morales* de Sebastián de Covarrubias, *Flores*

[16] La obra tuvo una segunda edición en 1623, y de ese año a 1689 gozó de gran difusión: al menos cuatro ediciones en París, tres en Colonia y cuatro en Lyon. Caussino critica acerbamente la sofística pagana y exalta el ejemplo de los Padres de la Iglesia. La obra contiene gran profusión de citas latinas y griegas, paganas y cristianas. La Sagrada Escritura y los Padres tienen una presencia importantísima: Gregorio Niseno, Clemente Alejandrino, Gregorio el Taumaturgo, Synesio, Justino, Cipriano, Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Gregorio el Grande, Orígenes y Tertuliano.

[17] Trabajo actualmente en un artículo en que aclaro las obras recomendadas o citadas por Caussino, de gran interés para comprender cuáles fueron las fuentes principales que auxiliaron a los autores del siglo XVII, y por ello no incluyo aquí esa información, que desbordaría el espacio del que dispongo. También puede verse una más amplia descripción de cada uno de los apartados que dedica Caussino a las fuentes de erudición en López Poza, 1999.

[18] Desde muy antiguo existían repertorios de lugares comunes a los que acudir, de Clemente de Alejandría, Aristóteles, Plutarco, Plinio, Séneca, Estobeo, a los que se fueron sumando con el desarrollo de la imprenta colecciones de sentencias de los Padres, máximas de Platón, polianteas modernas, el tesoro de Cocceyo (*rétor sofista*), las series de alegorías... Sobre el cartapacio escolar, ver introducción de Aurora Egido a su edición de *El discreto*, de Baltasar Gracián, 1997, pp. 40–45. Ver también Sagrario López Poza, 1992, cap. II.

[19] Los tratados de oratoria ofrecen sistematizaciones bien conocidas (Cicerón, *De inventione*, I, 24, 34 y ss. y Quintiliano, *Institutio oratoria*, V, 10, 23 y ss.). A través de esa red de referencias el orador bien formado hallaría una guía que facilitara su tarea de *invenire*.

de Miraflores, de Nicolás de la Iglesia, las *Empresas espirituales y morales* de Francisco de Villava, *Idea de El Buen Pastor*, de Núñez de Cepeda, *David pecador y David penitente*, de Fray Antonio de Lorea, las dos obras de Lorenzo Ortiz *Memoria, entendimiento y voluntad* y *Ver, oír, oler, gustar y tocar...*, o las *Representaciones de la verdad vestida* de Juan de Rojas y Aúsa[20]. La mayor parte de estos libros incluyen en la declaración en prosa muchas citas eruditas, *exempla*, anécdotas, alusiones a fábulas mitológicas o apólogos, en muchos casos fruto de la lectura de primera mano de sus autores, y no de florilegios. Los comentarios se convierten en homilías o sermones moralizantes plagados de erudición variada donde otros pueden ir a buscar el estímulo de la imagen visual y una rica representación de lugares de la Sagrada Escritura, filósofos (Pitágoras, Sócrates, Platón, Séneca, Aristóteles) y de poetas y autores clásicos y modernos (Virgilio, Homero, Ovidio, Cicerón, Persio, Plinio, Plauto, Valerio Máximo, Alciato, Giovio, otros emblemistas europeos...). Parábolas, apotegmas, fábulas mitológicas, anécdotas históricas (hechos y dichos), así como los múltiples motivos simbólicos de la Historia Natural.

Aunque en la mayor parte de los prólogos se dirija el autor a un amplio público, se advierte en sordina al leer estas obras que fueron los sacerdotes en gran medida los destinatarios y explotadores de la erudición que almacenan, reflejo a su vez de los cartapacios o *thesaurus* de citas pacientemente adquiridas por sus autores. Francisco de Villava es quien con más claridad lo expresa en el prólogo a sus *Empresas espirituales y morales*:

> yo he pretendido poner estos pensamientos en símiles que pueden servir a predicadores, y por eso pongo también los lugares de escriptura donde se pueden aplicar, si alguna vez vinieren a las manos [...] Los discursos o escolios que se ponen, ansi para más ornato y claridad, como para que haya cebo para todos, procuré que sean breves y sucintos, que se podían extender y acompañar con más erudición. Solo quise esmaltarlos con alguna variedad de historia, de fábulas, de antigüedad, y de sentencias de filósofos, para que tengan todos en qué picar, término de escrebir usado aun de los que tratan sagradas letras, y de que no ha de huir el rostro el escritor y predicador evangélico, sino antes aprovecharse de todo cuanto se le ofrezca la ocasión [...] porque es grande ver que las sagradas letras tienen tanta consonancia con las humanas, que no puede dejar de recrearse el fiel y el étnico que lo leyere, de tomar motivo para recibir nuestro Evangelio. De todo esto se dan en estas empresas algunos colores, pero tan templadamente mezclados, que no puede decirse con razón que se gasta el papel en trasladar libros como algunos hacen.

Otros libros, aunque su destinatario no fuera específicamente clerical, acababan siendo consultados y usados por un buen número de ingenios que hallaban en ellos no sólo abundantes fuentes de erudición variada sino dispuestas y engarzadas con elegancia y sabiduría, lo que les servía para sus producciones oratorias. Es el caso de Saavedra Fajardo y su *Idea de un príncipe político-christiano en cien empresas* o los *Emblemata regio-politica* de Solórzano Pereira. Ofrecían una variedad de fuentes en sí mismos que los hacían especialmente útiles para nutrirse de la más rica y variada erudición. Ambas obras ofrecen (una en español y otra en latín) ingente cantidad de anécdotas históricas profanas y sagradas, apólogos, sentencias y aforismos, apotegmas, lugares tomados de las leyes, lugares de la Sagrada escritura y, por supuesto, jeroglíficos y emblemas, amén de una inmensa cantidad de fuentes textuales de los clásicos griegos y latinos (extremada erudición en suma).

Además de las propias obras emblemáticas, otros *Tesoros* de erudición eran los comentarios a libros de emblemas señalados, género éste muy estimado entre los huma-

[20] Remito para los datos bibliográficos de estas obras a Pedro F. Campa, 1990. *Sacra Symbola*, de Horozco, no está incluido en ese repertorio bibliográfico; es una obra extremadamente rara, impresa en Agrigento en 1601 (no indica impresor), probablemente a costa del propio Juan de Horozco, que entonces era obispo en ese lugar de Italia.

nistas de los siglos XVI y XVII. Los comentarios a los *Emblemas* de Alciato de Francisco Sánchez, el Brocense[21], han servido en más de una ocasión como fuente de invención para poetas y artistas plásticos. Esta obra no ha sido estudiada como merece, tal vez por estar en latín, o porque se desconoce la dimensión de su influencia por no haber sido citada como fuente la mayor parte de las veces (no hay que olvidar que el Brocense fue condenado por la Inquisición por sus tendencias erasmistas y sufrió cárcel domiciliaria en casa de su hijo, donde murió el 5 de diciembre de 1600). El Brocense había editado a autores estoicos como Epicteto y Persio, y había realizado comentarios de Policiano, Garcilaso y Juan de Mena. Marcelino Menéndez y Pelayo aseguraba que «en ninguna de sus obras hizo el Brocense tan gallarda ostentación de su inmensa lectura de los clásicos como en estos voluminosos comentarios»[22].

La obra del Brocense ofrecía a cualquiera que se acercara a ella no sólo el emblema de Alciato con su lema y su *pictura*, sino sus fuentes de la *Antología griega*, los clásicos latinos y las imitaciones del tópico posteriores, como los epigramas de Ausonio, Tomás Moro, Policiano... Ello supone una riqueza tal de estímulos para la creación y la imitación compuesta que, aunque nos resulte difícil poder probar que tal poema de un autor del siglo XVII ha hallado el concepto que desarrolla en este libro, no parece descabellado pensar que pudo ser así. Veamos un ejemplo.

El emblema 160 de Alciato, *Mutuum auxilium* (Figura 1), presenta en la edición comentada del Brocense, además del lema (casi un título, muy del estilo del italiano) y la *pictura*, el texto del epigrama de Alciato:

Loripedem sublatum humeris fert lumine captus:
Et socii haec oculis munera retribuit.
Quo caret alteruter, concors sic praestat uterque:
Mutuat hic oculos, mutuat ille pedes[23]

y el comentario que indica que son muchos los epigramas griegos que desarrollan el concepto bajo el título εἰς ἀνάπηρους (in mutilatos) en la *Antología Griega*[24] (a la que él alude como *Florilegium*[25]) pero que uno sobresale: el de Philippi seu Isidori:

Τυφλὸς ἀλητεύων χωλὸν πόδας ἠέρταζεν
ὄμμασιν ἀλλοτρίοις ἀντεραντιζόμενος.
ἀμφω δ' ἡμιτελεῖς πρὸς ἑνὸς φύσιν ἡρμόσθησαν,
τοὔλλιπὲς ἀλλήλοις ἀντιπαρασχόμενοι.

que fue traducido por Ausonio Gallo así:

Insidens caeco graditur pede claudus utroque:
Quo caret alteruter, sumit ab alterutro.

[21] *Francisci Sanctii Brocensis In Inclyta Salmaticensi Academia Rhetorica, Graecaeque linguae professoris, Comment. in And. Alciati Emblemata...*, M.D.LXXIII. La edición de Lyon, dedicada a Martín de Azpilcueta usó los mismos bloques xilográficos de la de Rouille (probablemente retocados), y se reimprimió, junto con los comentarios de Mignault y Pignorius en Padua (1621) y, ya sin los emblemas de Alciato, en las *Obras Completas* del Brocense editadas por Gregorio Mayáns (1776).

[22] Marcelino Menéndez y Pelayo, *Biblioteca de traductores españoles*, 1952–53, IV, p. 204.

[23] El ciego lleva sobre los hombros al cojo, y recompensa con este don los ojos de su socio. Y así, en concordia, cada uno presta al otro aquello de lo que éste carece: uno los ojos y otro los pies.

[24] Los poemas recogidos en la conocida como *Antología Griega* abarcan desde el periodo de las guerras persas (siglo V a. de C.) hasta casi la caída de Constantinopla en 1453. A lo largo del tiempo se compilaron colecciones diversas de estos epigramas que fueron a formar lo que hoy llamamos la *Antología Griega*, que se compone de más de 4.000 poemas que representan el trabajo de más de trescientos poetas. La más temprana de esas colecciones fue recopilada por Meleagro, hacia el año 60 a. C., seguida por las de Felipe de Tesalónica, Diogeniano, Strato y Agathias. Quizá la selección más fina de ellas es el de Constantino Cephalas, realizado durante el siglo IX, que desapareció, y por desgracia, no se encontró hasta setecientos años después. La única edición conocida en Europa durante los siglos XV y XVI fue la de Máximo Planudes, confeccionada durante el siglo XIV. Planudes (h. 1260–1310), teólogo y erudito bizantino, recopiló y transcribió de su puño y letra la antología de epigramas conocida por *Antología Planudea*, que fue impresa por primera vez en Florencia en el año 1494 por Giovanni Lascaris y comprende 2.400 epigramas. La llamada *Antología Palatina*, que debe su nombre a que fue descubierta por Salmasio (1607) en la Biblioteca Palatina de Heidelberg, es un códice del siglo X (versión revisada y aumentada de la de Cephalas) cuyos textos se agrupan en quince libros por temas. De los 2.400 epigramas de la *Antología Planudea*, 388 no figuran en la *Antología Palatina*, y constituye la llamada *Appendix Planudea*, que en las ediciones modernas se añade como libro XVI a la *Antología Palatina*. Para más información, ver James Hutton, 1935 y 1946.

[25] *Florilegium diversorum epigrammatum in septem libros, Anthologia diaphoron epigramàton...* [en colofón:] Venetiis, in aedibus Aldi, mense Novembri 1504. Tuvo más ediciones en el siglo XVI (al menos en 1521 y 1551).

Figura 1

Caecus namque; pedes claudo gressumque ministrat:
At claudus caeco lumina pro pedibus.

y el mismo Ausonio volvió sobre el tema en este epigrama:

Ambulat insidens caeco pede captus utroque,
Atque; alterna subit munia debilitas.
Nam caecus claudo pede commodat: ille uicissim
Multa dat caeco lumina pro pedibus.

Incluye también la versión de Tomás Moro:

Claudi pedem gestat caecus uicinus ocellis,
Conducitque oculos arte locatque pedes.
Caecus fert claudum, atque opera conducit eadem,
Iste ille oculos, istius ille pedes.

Aporta el Brocense, además, la versión de Angelo Policiano en sus epigramas griegos:

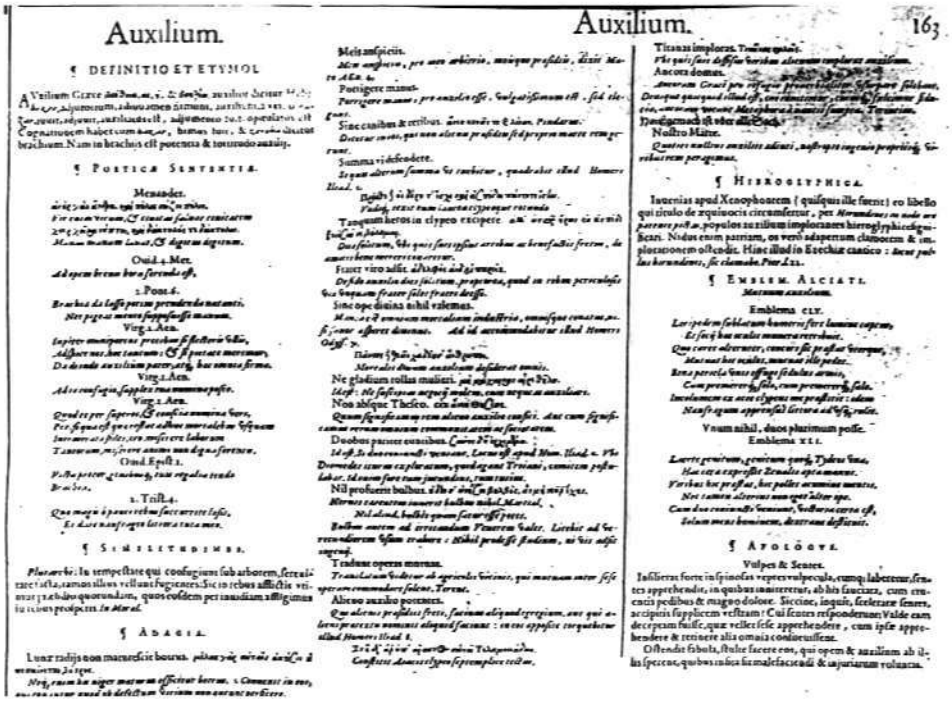
Τυφλὸς ἄπους τ᾽ ἤην ἀλλήλοιιν θεράποντες
Τυφλὸς ὁδηγεῖτο, νωτοφορεῖτο δ᾽ ἄπους.

Luego explica el sentido de *Loripedem* y de *Mutuat hic*.

Es casi seguro que fue esta edición comentada de los *emblemas* de Alciato, la del Brocense, la que sirvió de motivo de *inventio* a varios poetas del Siglo de Oro para desarrollar el concepto de *mutuo auxilio*[26], y es muy interesante observar cómo cada uno da rienda suelta a su talante y forma de concebir el epigrama moral produciendo composiciones que, teniendo un germen idéntico, dan como resultado frutos diversos en el ejercicio de la *imitación compuesta*. Así, por fijarnos sólo en dos autores de renombre, Lope de Vega y Quevedo, producen sendos sonetos inspirándose en este epigrama y sus fuentes, pero con diferencias notables:

Llevaba un ciego al hombro los despojos
de un cojo, cuyos ojos le guiaban,
y andando y viendo, a un tiempo se prestaban,
este al ciego los pies, y aquel los ojos.
Los dos de su fortuna los enojos
con amistad recíproca templaban;
los ojos con los pies del ciego andaban,
y él trocaba los pies por los antojos.
Así Firmio a Damon versos neutrales
en su cerviz incógnito dispone,
y andan entrambos en un cuerpo iguales;
que este le da los libros que compone,
y el otro la vergüenza de ser tales,
que no sé cuál mayor trabajo pone.
(Lope de Vega)

[26] Bernardino Daza había traducido con poca fortuna el epigrama así en su versión en español de los *Los emblemas de Alciato en rhimas españolas*, 1549: «Juntó a dos de enfermedad / diversa de sus cuerpos lastimados, / mas tan conformes en la voluntad / que a un mismo parecer fueron llegados. / Conciértanse que el que es de ceguedad / enfermo, a el manco lleve, y concertados / van por su vía a entrambos manifiesta, / que uno la vista, el otro los pies presta». Conviene tener en cuenta que los españoles tenían conocimiento de los temas de la *Antología griega* a través de fuentes intermedias latinas, como los *Adagia* de Erasmo, los Epigramas de Ausonio y los *Emblemas* de Alciato; ninguna imprenta española editó la *Antología griega* en los siglos XVI y XVII. Ver Irving Rothberg, 1975, pp. 239–56, que explica que varios temas de la Antología que se encuentran en poemas de Lope proceden de adaptaciones de los epigramas griegos realizadas por Ausonio y Alciato.


Auxilium.

¶ DEFINITIO ET ETYMOL

¶ POETICA SENTENTIA.

Ouid. 4. Met.

2. Pont. 6.

Virg. 1. Aen.

Virg. 2. Aen.

Virg. 1. Aen.

Ouid. Epist. 1.

1. Trist. 4.

¶ SIMILITVDINES.

¶ ADAGIA.

Auxilium. 163

Meis auspiciis.

Potigere manus.

Sine cuibus & ceribus.

Summa vi deficiente.

Ne gladium tollas multiti.

Nos absque Thetico.

Duobus pecuis eunibus.

Nil profuerit bulbus.

Tendere operis moruas.

Alieno auxilio potentes.

Titanas implorat.

Ancora domus.

Nostro Mitre.

¶ HIEROGLYPHICA.

¶ EMBLEM. ALCIATI.

Emblema CLV.

Vnum nihil, duos plurimum posse.

Emblema XXI.

¶ APOLOGVS.

Vulpes & Senes.

Figura 2

El ciego lleva a cuestas al tullido:
dígola maña, y caridad la niego;
pues en ojos los pies le paga al ciego
el cojo, sólo para si impedido.
El mundo en estos dos está entendido,
si a discurrir en sus astucias llego;
pues yo te asisto a ti por tu talego;
tú, en lo que sé, cobrar de mí has querido.
Si tú me das los pies, te doy los ojos:
todo este mundo es trueco interesado,
y despojos se cambian por despojos.
Ciegos, con todos hablo escarmentado:
pues unos somos ciegos y otros cojos,
ande el pie con el ojo remendado.
(Francisco de Quevedo)

El emblema de Alciato venía a demostrar de forma bastante desapasionada que la solidaridad humana consigue superar las deficiencias particulares y permite sobrevivir en circunstancias adversas. Lope se ajusta más al sentido epigramático de la agudeza punzante contenido en la *Antología griega* y emplea el motivo para reírse de dos poetastros, a cual más malo, que andan juntos «en un cuerpo» (en un tomo) porque se auxilian mutuamente, pero sin lograr por ello alzarse a niveles superiores, dada su incapacidad natural. Quevedo muestra su talante moral y desengañado dando la vuelta al sentido de la composición en que se basa, que le sirve para meditar sobre el aspecto más negativo de los actos humanos, siempre impulsados por el interés: no existe generosidad o solidaridad, sólo actuación interesada y fríamente calculada en las relaciones. También son notables las diferencias estilísticas de los dos autores, que ahora no podemos comentar.

De igual modo, los comentarios a los emblemas de Alciato de Claude Mignault (Antwerp, Plantin, 1574), no sólo incluyen la mayoría de los epigramas de la *Antología griega* en que se inspiró Alciato, sino que aporta muchos otros que ilustran el tema del que se trate (especialmente en ediciones tardías, pues la obra fue aumentando). Según Irving Rothberg, tanto Covarrubias como Gracián siguieron de cerca los comentarios de estos dos humanistas[27].

[27] Irving P. Rothberg. 1956.

Otros *tesoros* de erudición auxiliares de la *inventio*, tal vez los más usados, eran los repertorios propiamente dichos de emblemas, o las polianteas que incluían jeroglíficos y citas de carácter emblemático o simbólico, como varias de las ediciones de las Polianteas de Nano Mirabelio y Langius[28] (Figura 2), o el *Florilegii Magni, seu polyantheae* de Janus Gruterus. Como obras específicas que auxiliaran en la fuente de invención relacionada con el género emblemático, además de las ya bien conocidas (por eso no dedico espacio a describirlas), como los *Hieroglyphica* de Horapolo[29] (que fueron anotados y comentados por varios autores) y los *Hieroglyphica* de Pierio Valeriano[30], que fue el repertorio más utilizado desde el siglo XVI, había autores, casi desconocidos para nosotros y que sin embargo gozaban en el Siglo de Oro de una gran estima entre los hombres de cierta cultura. Tomaremos sólo unos ejemplos.

Los *Commentaria Symbolica* de Antonio Ricciardo, más conocido como Brixiano[31] (Figura 3), que había elaborado un repertorio de símbolos en dos enormes volúmenes siguiendo a Pierio Valeriano, pero sin imágenes. El Padre Cussino lo recomienda con cautela en sus *Eloquentiae sacrae et humanae parallela*, por considerar que no todo lo que incluye es bueno, pero considera que es de enorme utilidad. Sus índices debieron de ser frecuentados por muchos oradores y escritores. Ofrece dos: uno con conceptos y motivos pictóricos juntos y otro en que no van voces sólo, sino que a cada entrada le sigue un resumen con las asociaciones simbólicas que le corresponden y la remisión a las páginas donde se en-

COMMENTARIA
SYMBOLICA
IN DVOS TOMOS
DISTRIBVTA.
Antonio Ricciardo Brixiano
AVCTORE.
IN QVIBVS EXPLICANTVR ARCANA PENE INFINITA
Ad mysticam naturalem, & occultam rerum significationem attinentia.
CVM PRIVILEGIIS.
VENETIIS
Apud Franciscum de Francischis Senensem.
M D X C I.

Figura 3

cuentra la referencia. Frente al repertorio de Valeriano, organizado según temas, atendiendo más al significado que al significante, éste sigue un orden alfabético, se centra más en los significantes o cuerpos de los emblemas, y tras una breve descripción del símbolo correspondiente, envía a otras obras más precisas a donde se pueden ir a buscar casos concretos que sirvan a la *inventio*. Los autores a los que remite son, entre otros: Horapolo, Pierio Valeriano, Cartari, Alciato, Gabriel Simeon, Paradin, Ruscelli, Sambuco... No siempre son emblemistas; remite a lugares bíblicos especialmente ricos en símbolos, o a Padres de la Iglesia (San Agustín, San Jerónimo, Clemente

[28] La estructura de la Polianteа sufre una gran evolución a lo largo de 116 años, desde la edición de 1512 al *Florilegii magni* de 1628. Las ediciones más completas ofrecen de cada concepto tratado los siguientes apartados y fuentes de erudición: *definitio et etimologia, historica exempla, sententiae biblicae, apophtegmata, loci biblici, exempla sacra, sententiae philoosphicae, profana exempla, similitudines, hieroglyphica, adagia, emblema, sententiae poetarum, fabulae, sententiae politicae, theologorum sententiae, patrum sententiae...*

[29] La primera edición impresa de esta obra, tan importante para los círculos humanistas europeos, la realizó Aldo Manucio, en Venecia, en 1505, en griego. Diez años más tarde, en 1515, se editó en Ausburgo, en latín, por Bernardino Trebacio, y gozó de muchas reimpresiones y distintas traducciones.

[30] Giovanni Pierio Valeriano Bolzani, *Hieroglyphica sive de sacris Aegyptiorum literis commentarii*, cuya primera edición se realizó en Basilea, por Isengrin , en 1556 y que gozó de gran fortuna editorial posterior, en ocasiones en edición compartida con los *Hieroglyphica* de Horapolo.

[31] *Commentaria Symbolica in duos tomos distributa Antonio Ricciardo Brixiano in quibus explicantur arcana pene infinita ad mystycam naturalem, & occultam rerum significationem attinentia*, Venetiis, Apud Franciscum de Francichis Senensem, MDXCI.

Figura 4

Figura 5

Alejandrino), o autores como Pico o Scaligero. Gracias a los índices se advierte la enorme polisemia que se da en el empleo de imágenes y conceptos, fruto de una cultura que cultiva la analogía en extremo, cultura de correspondencias para la cual el mundo entero es un mundo simbólico (como se titula el repertorio de Picinelli).

Así, un tópico tan trillado como la mariposa que se acerca a la vela atraída por su luz y perece en el fuego, a partir del Soneto CXLI del *Canzoniere* de Petrarca se empleó como motivo de *inventio* para ejercitarse en la imitación compuesta y dio un riquísimo fruto en sonetos que aprovechan el concepto (siempre aplicado al amor, como en Petrarca) de Gutierre de Cetina (*Como la simplecilla mariposa*[32]), Diego Hurtado de Mendoza (*Cual simple mariposa vuelvo al fuego*[33]), Pedro Soto de Rojas (*Mariposa bagante*[34]), Fernando de Herrera[35], Villamediana[36], Góngora (*Mariposa no solo, no cobarde*[37]) y Francisco de Quevedo (*Yace pintado amante* y *Salamandra frondosa y bien poblada*[38]). El mismo motivo lo toman los emblemistas españoles, pero lejos de circunscribirse al tema del amor, como Otto van Veen (*Vaenius*) en sus *Amorum emblemata*[39] (Fig. 4) explotan las posibilidades polisémicas del símbolo y lo aplican a distintas moralidades a veces muy alejadas de su primigenia asociación.

Covarrubias ya aprovecha en su *Tesoro*, al describir a la mariposa, para emitir juicios de valor y moralizar:

> Es un animalito que se cuenta entre los gusanitos alados, el más imbécil de todos los que puede haber. Este tiene inclinación a entrarse por la luz de la candela, porfiando una vez y otra, hasta que finalmente se que-

[32] Gutierre de Cetina, *Sonetos y madrigales* (Soneto 59), ed. B. López Bueno, 1981, p. 136.

[33] Diego Hurtado de Mendoza, *Poesía completa*, ed. de J. I. Díez Fernández, 1989. Soneto CXL, p. 271.

[34] Pedro Soto de Rojas, *Desengaño de amor en rimas*, ed. facsímil de A. Egido, 1991, 31v–32r.

[35] *Fernando de Herrera*, 1972, p. 564.

[36] Villamediana, *Obras*, ed. J. M. Rozas, 1980. Soneto XXII.

[37] Góngora, *Sonetos*, ed. Cipijauskaité, 1981.

[38] Francisco de Quevedo, *Obra poética*, ed. de José Manuel Blecua, I, núms. 200, p. 391 y 302, p. 493 respectivamente.

[39] Otto Vaenius, *Amorum emblemata*, edición facsímil de la de Amberes, 1608, con introducción de Karel Porteman, 1996, pp. 102–103. Para la traducción al español del epigrama, atribuida a Luis Tribaldos de Toledo, ver apéndice.

Figura 6

Figura 7

ma. Y por esta razón el griego le dio el nombre *pyraustes*. Verás a Erasmo, en las *Chiliadas*, verbo *pyraustae gaudium*. Esto mesmo les acontece a los mancebos livianos que no miran más que la luz y el resplandor de la mujer para aficionarse a ella; y cuando se han acercado demasiado se queman las alas y pierden la vida. Díjose mariposa, *quasi* malíposa, porque se asienta mal en la luz de la candela donde se quema.

Juan de Borja, en sus *Empresas morales* (1581) utiliza la mariposa con el lema *Fugienda peto (Busco lo que huir debería)* y lo aplica a que son mayores los daños de la guerra y se sienten más cuanto más cerca la tenga uno de sí (Figura 5). La guerra interior de los hombres produce mucho más atroces daños, pues la voluntad, en lugar de hacer lo que la razón manda, sigue a sus apetitos, rebelándose contra ella.

Francisco de Zárraga establece analogía con el entendimiento humano (Figura 6). La imagen presenta una mariposa que vuela sobre una mesa con 9 velas encendidas y el emblema trata de si debe estrechar el príncipe sus librerías a sólo los autores de que puede tener uso o si es digna de alabanza la avaricia de libros, que siempre es codiciosa de más aumentos. La mariposa, entre tantas antorchas, lucha por el equilibrio, acreditando a todas las luces amantes finezas. Pierde finalmente el sentido y encuentra su sepulcro terminando en menudas pavesas su ostentación desvanecida. El entendimiento humano es amante mariposa cuando en inmensidad de luces surca golfos de confusiones. En este alado gusano —dice— se simboliza la imbecilidad de la razón y el discurso humano cuando, excediéndose a su capacidad, pretende sobresalir a todas luces. Los libros son antorchas luminosas, con cuya luz se ilustran los entendimientos. «Y esto no es limitar a los príncipes el estudio, ni estrechar el ánimo, sino cercenar superfluidades y arrancar de raíz la vanagloria»[40].

Rodríguez de Monforte[41] usa el topos de la mariposa y la vela para indicar que ignoramos el día de nuestra muerte, por lo que debemos estar alerta todos. Para ello usa la *pictura* de un brazo descarnado con un hacha encendida a cuya llama se dirigen siete mariposas que tienen dibujadas en sus

[40] Francisco de Zárraga, *Séneca juez de sí mismo*, Burgos, 1684.

[41] Pedro Rodríguez de Monforte, *Descripción de las Honras que se hicieron a la Cathólica Mag^d de D. Phelippe quarto Rey de las Españas...*, 1666.

Figura 8

Figura 9

alas las iniciales de los días de la semana y sus símbolos correspondientes (Figura 7). El lema es *Latet ultimus dies, ut observentur omnes*, confiesa haberse inspirado en San Agustín (*De doc. Christ.*) y lleva el epigrama:

> Cada día a morir vamos,
> cuál ha de ser no sabemos,
> y es, si lo consideramos,
> piedad que el uno ignoremos,
> porque todos los temamos.

El mismo Rodríguez de Monforte, en otro jeroglífico usa dos mariposas que vuelan alrededor de una vela encendida sobre una mesa (Figura 8). El lema es *Mors in luce* (muerte en la luz) y el epigrama:

> La engañosa Vanidad
> es esta luz presumida,
> huyendo se halla la vida.

y Núñez de Cepeda utiliza el motivo para ilustrar los peligros de la ambición profesional (Figura 9). La prelatura ansiada. El lema es *nescia necis* (ignorante de la muerte) y la declaración de la empresa explica cómo la ambición conlleva la ruina. Ya sea la ambición origen o sea parto de la soberbia, crece en brazos de la ceguera y se alimenta de ignorancia. El resplandor del puesto que solicita el ambicioso le deslumbra los ojos y le entorpece el discurso para que no vea ni discurra su daño[42].

Gran cantidad de ejemplos de esta variedad polisémica en el uso de un motivo puede hallarse en la obra del Brixiano, tan estimada en tiempos pasados como desconocida hoy.

Otro repertorio específico de jeroglíficos y símbolos destinado a servir de ayuda a la *inventio* oratoria fue el del jesuita Nicolao Caussino (Figura 10): *Electorum symbolorum et parabolarum historicarum syntagmata. Ex Horo, Clemente, Epiphanio & aliis cum Notis & Observationibus* (Paris, Romanus de Beauvais, 1618). Se reeditaría de nuevo en 1622 con el título *De Symbolica Aegyptiorum sapientia in qua symbola, parabolae, historiae, selectae quae ad omnem emblentum* [sic] *aenigmatum, hieroglyphicorum, cognitionem viam praestant* (Colonia, Joann. Kinckius, 1622), que fue reeditada en 1631 y 1654 por el

[42] Francisco Núñez de Cepeda, *Idea de el Buen Pastor. Copiada por los SS. Doctores*... En Leon, a costa de Anisson y Posuel, 1682.

Figura 10

Figura 11

mismo editor. También tuvo una edición en París en 1634, de Jean Jost con el título *Symbolicae Aegiptiorum Sapientia* (y otra edición de 1647). A menudo era citada por autores de la época como *Polyhistor symbolicus*.... Como indica en el título, la aportación principal de Caussino la constituyen las notas y comentarios eruditos que añade a obras tradicionalmente empleadas como fuente de *inventio* simbólica[43].

Sin embargo, la compilación más conocida y usada como auxilio de la *inventio* por oradores, predicadores, académicos y poetas, a quienes va dirigido como reza en su título, es el *Mondo symbolico* del agustino Philippo Picinelli[44] (Figura 11), que comenzó su colección como un *codex excerptorius* personal para ayudarse en la elaboración del sermón cuando estaba de viaje. Tuvo un antecedente en el *Teatro d'Imprese* de Giovanni Ferro (Venecia, 1623). De su difusión e influencia da muestra el gran número de ediciones y ejemplares que se conservan en bibliotecas de fondo antiguo, sobre todo en las de seminarios y universidades. Sus fuentes no fueron sólo los emblemistas más importantes, sino también manuscritos de emblemas como los de Caroli Rancati, del abad Hércules Salarolus de Bologna, el predicador Giacomo Certari y Salvator Carduccius, entre otros. También tuvo en cuenta mate-

[43] El hermoso grabado de la portada, de Léonard Gaultier constituye en sí mismo un programa, con la montaña de Sinaí o el monte Thabor, las fuentes del Nilo, el Cordero místico llevando la insignia de la cruz en que se lee «Fons Sapientiae Verbum Dei in Excelsis». De esa cumbre divina surge un manantial que se vierte en dos cuernos de la abundancia (los dos canales de la *Prisca Theologia*, sabiduría de Israel y de los gentiles) para ir a parar al río Nilo. Los dos obeliscos, coronados respectivamente con el sol y la luna llevan grabados muchos jeroglíficos y representan las dos revelaciones. Anuncia el arsenal de erudición procedente de la sabiduría de todo tipo (profana y pagana) que encierra el libro al servicio de una elocuencia con la que debe armarse el humanista cristiano para encandilar por medio de la palabra (oral o escrita).

[44] *Mondo simbolico o sia Università d'imprese scelte, spiegate, ed illustrate con sentenze, ed eruditioni sacre, e profane.* In Milano, Per lo Stampatore Archiepiscopale, 1653. Hubo otras tres ediciones en italiano, a las que se sumaron varias hasta bien entrado el siglo XVIII con la traducción al latín de Augustin Erath. La obra de Picinelli es algo más que el fruto de la paciente adquisición de *loci communes* de un erudito en su cartapacio o *codex excerptorius*; no puede concebirse sin la ayuda de sus hermanos de orden y del trabajo de su traductor, Erath, que amplió decisivamente el repertorio añadiendo muchas fuentes, sobre todo de autores alemanes.

rial de relaciones festivas que habían plasmado el arte efímero realizado para entradas solemnes, canonizaciones, exequias celebradas en su ciudad, Milán, de larga tradición emblemática. Otra fuente fueron misceláneas como la de Tomasso Garzoni, *Piazza Universale* (Venecia 1585), o sermones y otros escritos de predicadores famosos como Hortensio Pallaviccino.

Picinelli no reproduce más que los *lemmata* de los emblemas y sin embargo, organiza la colección en una taxonomía en que atiende a las *picturae* (cuya descripción suple al grabado) que se agrupan en distintas categorías que abarcan todo un universo o mundo simbólico. A pesar de su proximidad a la literatura pansofista del siglo XVII, no sigue la disposición de los siete días de la creación. Al orden tradicional de los cuerpos celestes se añaden los elementos relativos al fuego, aire, agua y tierra, dioses y hombres, pájaros, animales cuadrúpedos, peces, serpientes e insectos. Luego, un bloque dedicado a las plantas, los árboles, las flores y elementos menores botánicos. Sigue la naturaleza inanimada, primero las piedras preciosas y después el resto y los metales. En este rango decreciente siguen los instrumentos creados por los humanos, desde los eclesiásticos a los rústicos del campesino.

Comienza la entrada bajo el epígrafe que corresponde a cada una de las categorías según imágenes, le siguen los distintos lemas de emblemas y se dan las distintas aplicaciones, con la interpretación y comentario de Picinelli (Figuras 12 y 13). En el margen se colocan los conceptos éticos o teológicos a que se puede aplicar. Para aclarar los emblemas, el agustino aporta textos de 650 autores, de todas las épocas, nacionalidades y géneros literarios. Algunos autores que cita profusamente se advierte que los conoció muy bien de primera mano, como a Justo Lipsio, Ficino, León Hebreo, los escritos herméticos, las obras del cardenal Bellarmino y de J. Drexel, o los clásicos latinos Horacio, Ovidio, Propercio, Tibulo y Marcial, así como la lírica más tardía de Claudiano o Propercio y la literatura italiana de Petrarca, Pietro Bembo,

Figura 12

Angelo Poliziano, Ariosto (de cuyo *Orlando furioso* hay una gran cantidad de citas, como de *La Gerusalemme liberata* de Torcuato Tasso) y la *Arcadia* de Sannazaro, pero en otros casos, es bastante evidente que las citas proceden de polianteas o florilegios. De los emblemistas españoles sólo ha tenido en cuenta a Juan de Horozco (*Emblemas morales*), a Diego Saavedra Fajardo (*Empresas políticas*) y a Alejandro Luzón de Millares (*Idea politica veri Christiani*).

La obra va acompañada en sus versiones más completas de cinco índices al final: *index lemmatum*, donde aparecen epígrafes por orden alfabético con los nombres de personajes, animales, objetos, etc., a que se refieren los lemas que siguen a cada epígrafe; *Index applicationum* que guía sobre qué conceptos teológicos y filosóficos podían ser importantes a los autores de emblemas representados en el *Mundus symbolicus*; *Index rerum notabilium*, que bajo cada voz acumula todo lo relativo a ella con brevísima síntesis del aspecto tratado en cada

Figura 13

apartado y, por último, un índice de lugares de las Sagradas Escrituras empleados. De gran utilidad es también la tabla del comienzo, en seis lenguas, donde, por orden de libros, que a su vez siguen la taxonomía en que se ordena la obra, se dan las voces que pueden interesar relativas a cada apartado, de modo que puede verse enseguida, por ejemplo, dentro del apartado de *flores* qué flores están representadas. Y por si fuera poco, otro *Index alphabeticus corporum* que remite al libro y capítulo donde se trata de cualquiera de los objetos o personas citados allí.

La escasez de referencias a libros de emblemas franceses se paliaría después con la obra de Menestrier *L'Art des Emblemes* (Lyon, 1662) que reúne unos mil emblemas que no estaban en Picinelli, sobre todo franceses.

Los muchos sermones de los siglos XVI-XVIII que han llegado hasta nosotros por haber gozado del privilegio de ser impresos (la mayoría de subgéneros como el panegírico o de alabanza, de honras fúnebres, moral y de acción de gracias) y que han hecho que el eco del púlpito nos llegue hasta nuestros días, nos permiten comprobar hasta qué punto las alusiones a emblemas y jeroglíficos (o las descripciones de ellos) o el empleo de muchas otras fuentes que a su vez se encontraban en los libros de emblemas (*exempla*, símiles, amplio anecdotario histórico o asuntos misceláneos de curiosidades) eran transmitidas por los predicadores, que actuaban como intermediarios culturales. Y eso nos permite hacernos sólo una ligera idea de las dimensiones que tuvo esta cultura emblemática, ya que la inmensa mayoría de los sermones no se imprimían.

Otros géneros, como los autos sacramentales y el teatro en general, la poesía en todas su variedad genérica, las novelas alegóricas y la oratoria (no sólo sagrada) muestran tal influencia de la emblemática, que merecen seguir siendo estudiadas atendiendo a estas fuentes. Lo que aquí presento no es más que un acercamiento somero que requiere mayor amplitud y profundización y que será posible cuando los proyectos de investigación en marcha permitan acceder de forma más fácil a los libros de emblemas y las obras de referencia en que se basaron[45].

Bibliografía

Bouzy, Ch., *Le Tesoro de la lengua illustré d'emblemes, de devises et d'hiéroglyphiques*, tesis defendida en la Université des Sciences Humaines de Strasbourg, 1997.

Campa, P. F., *Emblemata Hispanica. An Annotated Bibliography os Spanish Emblem Literature to the Year 1700*, Durham and London, Duke University Press, 1990.

Caussino, N., *Eloquentiae sacrae et humanae parallela libri XVI...* Flexiae, sumpt. S. Chappelet, 1619.

[45] Está en fase muy avanzada el proyecto que dirijo con subvención de la CICYT: *Base de datos y edición digitalizada de las obras de Emblemática Hispánica ilustradas, bajo Internet* (TEL96-1390-C02-01). Puede verse descripción en la página web: http://rosalia.dc.fi.udc.es/emblematica

Cetina, G. de, *Sonetos y madrigales*, ed. B. López Bueno, Madrid, Cátedra, 1981.

Céspedes, B. de, *Discurso de las letras humanas llamado el Humanista*, ed. de S. Díez González, Madrid, Antonio Fernández, 1784. [Existe la edición moderna del P. Gregorio de Andrés en El Escorial, 1965].

Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611, edición de F. C. R. Maldonado, Madrid, Castalia, 1995.

Cherchi, P., «Enciclopedias y organización del saber. De la Antigüedad al Renacimiento», en E. Rodríguez Cuadros, *De las Academias a la Enciclopedia: el discurso del saber en la modernidad*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1993, pp. 69-94.

Daza, B., *Los emblemas de Alciato en rhimas españolas*, Lyon, Guglielmo Rovillio, 1549.

Erasmo, D., *De copia verborvm, et rervm libri duo. Eiusdem libelivs de ratione studii & pueris instituendis. Eivsdem de componendis epistolis libellus vtilissimus, cum nonnullis aliis, ad omnium studiosorum vtilitate*, Compluti, MDXXV.

Fernando de Herrera, Madrid, Gredos, 1972.

Florilegium diversiorum epigrammatum in septem libros, Antthologia diaphoron epigramáton... [en colofón:] Venetiis, in aedibus Aldi, mense Novembri 1504.

Fumaroli, M., *L'âge de l'éloquence. Rhétorique et «res literaria» de la Renaissance au seuil de l'époque classique*, Genève, Librairie Droz, 1984.

Góngora, L. de, *Sonetos*, ed. B. Ciplijauskaité, Madrid, Castalia, 1981.

Gracián, B., *Agudeza y arte de ingenio*, tratado segundo, discurso LVIII «De la docta erudición y de las fuentes de que se saca», en *Obras completas, II*, ed. E. Blanco, Madrid, Turner, 1993, pp. 726-30.

— *El discreto*, ed. de A. Egido, Madrid, Alianza, 1997.

Horapolo, *Hieroglyphica*, Venecia, 1505. Edición moderna en español de J. M. González de Zárate, traducción del texto griego de M. J. García Soler, Madrid, Akal, 1991.

Horozco, J., *Sacra Symbola*, Agrigento, 1601.

Hurtado de Mendoza, D., *Poesía completa*, ed. de J. I. Díez Fernández, Barcelona, Planeta, 1989.

Hutton, J., *The Greek Anthology in Italy to the Year 1800*, Ithaca, Cornell, 1935.

— *The Greek Anthology in France*, Ithaca, Cornell, 1946.

Lipsio, J., *Iusti Lipsi Epistolica Institutio, excerpta e dictantis eius ore, anno MDLXXXVII mense Iunio adiunctum est Demetrii Phalerei eiusdem argumenti scriptum*, cap. XII: «De excerptis; quo ordine ea instituenda, & a quibus singula carpenda», en *Opera omnia*, Antuerpiae, ex Off. Plantiniana Balthasaris Moreti, 1637, vol. II.

López Grigera, L., *La Retórica en la España del Siglo de Oro. Teoría y práctica*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1994.

López Poza, S., *Francisco de Quevedo y la Literatura Patrística*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1992.

— «La erudición como nodriza de la invención en Quevedo», *La Perinola. Revista de Investigación Quevediana*, 3, 1999, pp. 171-94.

Menéndez y Pelayo, M., *Biblioteca de traductores españoles*, Santander, 1952-53.

Núñez de Cepeda, F., *Idea de el Buen Pastor. Copiada por los SS. Doctores. Representada en Empresas Sacras; con avisos espirituales y morales, políticos y económicos para el govierno de un príncipe eclesiástico...* En Leon, a costa de Anisson y Posuel, 1682.

Palmireno, L., *El estudioso de aldea... con las quatro cosas que es obligado a aprender un buen discípulo: que son Devoción, Buena criança, Limpia doctrina, y lo que llaman Agibilia...* Valencia, 1568.

Picinelli, Ph., *Mondo simbolico o sia Università d'imprese scelte, spiegate, ed illustrate con sentenze, ed eruditioni sacre, e profane. Studiosi diporti dell'Abbate D. Filippo Picinelli Milanese nei canonici regolari Lateranensi Teologo, Lettore di Sacra Scrittura e Predicatore privilegiato. Che somministrano à gli Oratori, Predicatori, Accademici, Poeti, etc. infinito numero de concetti. Con indici copiosissimi*. In Milano, Per lo Stampatore Archiepiscopale, 1653.

Quevedo, F. de, *Obra poética*, ed. de J. M. Blecua, Madrid, Castalia, I, 1985.

Ricciardo, A., *Commentaria Symbolica in duos tomos distributa Antonio Ricciardo Brixiano in quibus explicantur arcana pene infinita ad mystycam naturalem, & occultam rerum significationem attinentia. Quae nempe de abstrusiore omnium prima Adamica lingua: tum de antiquissima Aegyptiorum, caeterarumque Gentium Orphica Philosophia: Tom ex Sacrosancta veteri Mosaica, & Prophetica, nec non Coelesti nova Christiana Apostolica, & Sanctorum patrum Evangelica Theologia, deprompta sunt. Praeterea quae etiam celeberrimorum vatum figmentis, & denique in Chimistarum secretissimis involucris conteguntur. Nunc primum in lucem edita, atque instructa duplici Indice tam significantium vocum omnium, quam ex illis significatarum*, Venetiis, Apud Franciscum de Franciscis Senensem, MDXCI.

Rodríguez de Monforte, P., *Descripción de las Honras que se hizieron a la Catholica Mag^d de D. Phelippe quarto Rey de las Españas*... Madrid, Francisco Nieto, 1666.

Rothberg, I. P., «Lope de Vega and The Greek Anthology», *Romanische Forschungen*, 87, 2, 1975, pp. 239–56.

— «Covarrubias, Gracián, and The Greek Anthology», *Studies in Philology*, 53, 1956, pp. 540–52.

Salinas, M. de, *Rhetórica de la lengua castellana en la qual se pone muy en breve lo necessario para saber bien hablar o escrevir, y conocer quien habla y escriue bien... escrita por un frayle de la Orden de Sant Hieronymo*, Alcalá de Henares, Juan de Brocar, 1541.

Sánchez, F., *Francisci Sanctii Brocensis In Inclyta Salmaticensi Academia Rhetorica, Graecaeque linguae professoris, Comment. in And. Alciati Emblemata*... Lugduni, Apud Guliel. Rovillium, M.D.LXXIII.

Soto de Rojas, P., *Desengaño de amor en rimas*, ed. facsímil de A. Egido, Málaga, Real Academia Española–Caja de Ahorros de Ronda, *1991*.

Vaenius, O., *Amorum emblemata*, edición facsimil de la de Amberes, 1608, con introducción de Karel Porteman, Aldershot, Scolar Press, *1996*.

Valeriano Bolzani, G. P., *Hieroglyphica sive de sacris Aegyptiorum literis commentarii*, Basilea, Isengrin, 1556.

Villamediana, (J. de Tassis y Peralta, conde de) *Obras*, ed. J. M. Rozas, Madrid, Castalia, 1980.

Villegas, A. de, *Fructus sanctorum y quinta parte de flossanctorum: que es libro de exemplos... colegido de historias divinas y humanas*, Cuenca, Iuan Masselin, a costa de Christiano Bernabé, 1594.

Vives, L., *De tradendis disciplinis, seu de institutione Christiana*, en *Opera Omnia*, Valentiae Edetanorum, in off. Benedicti Monfort, MDCCLXXXV, t. VI [también en *Obras completas*, II, Madrid, Aguilar, 1948, pp. 337–687].

Zárraga, F. de, *Séneca juez de sí mismo*, Burgos, 1684.